

OBSCURO, -RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

POLITEIA

POLITEIA

Rafael Gallego



OBSCURA
e d i t o r i a l

© 2023, Rafael Gallego
© 2023, Obscura Editorial, S. L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2023, David Rendo, por la ilustración de cubierta

Primera edición: mayo de 2023

Fotografía del autor: Miguel Espiau
Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Corrección: Antonia Dueñas y Obscura Editorial
Realización: La Letra, S. L.

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares. En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-126083-4-2
Depósito legal: B 23765-2022

Impreso en Gràfiques Rey, S. L.
Carrer d'Albert Einstein, 54
08940 Cornellà de Llobregat
Barcelona

Índice

PRIMER LIBRO: POLITEIA

Preludio	15
PRIMERA PARTE: EL EQUIPO VENTUS.....	21
Diario de Kevin Reed.....	21
Capítulo uno: Desconfianza	26
Diario de Emma Larine Jensen	52
Capítulo dos: El infiltrado.....	55
Diario de Blaz Steinberg	69
Capítulo tres: El cuarto equipo.....	72
SEGUNDA PARTE: LAS PRUEBAS HASTATI.....	87
Diario de Aleksandr Hunt	87
Capítulo cuatro: Reencuentros.....	90
Diario de Emma Larine Jensen	101
Capítulo cinco: La primera prueba	104
Tabla de puntuaciones Pruebas Hastati (prueba 1/5).....	113
Diario de Blaz Steinberg	114
Capítulo seis: Reflexiones	117
Diario de Aleksandr Hunt	128
Capítulo siete: Exceso de confianza.....	131
Tabla de puntuaciones Pruebas Hastati (prueba 2/5).....	142
Diario de Kevin Reed.....	143
Capítulo ocho: Saber rendirse	146
Tabla de puntuaciones Pruebas Hastati (prueba 3/5).....	162

Diario de Kevin Reed	163
Capítulo nueve: Confidencias	166
Diario de Aleksandr Hunt	175
Capítulo diez: Actitud más que aptitud	180
Tabla de puntuaciones Pruebas Hastati (prueba 4/5)	191
TERCERA PARTE: PLAN DE HUIDA	193
Diario de Blaz Steinberg	193
Capítulo once: El plan	196
Diario de Emma Larine Jensen	207
Capítulo doce: La batalla de las gemas	211
Diario de Kevin Reed	224
Capítulo trece: Perseguidos (I)	227
Diario de Emma Larine Jensen	231
Capítulo trece: Perseguidos (II)	234
Diario de Aleksandr Hunt	238
Capítulo trece: Perseguidos (III)	240
Diario de Blaz Steinberg	242
Capítulo trece: Perseguidos (IV)	244
Tabla de puntuaciones Pruebas Hastati (prueba 5/5)	247

SEGUNDO LIBRO: LA ÚLTIMA GUERRA

PRIMERA PARTE: SEPARADOS	257
Diario de Blaz Steinberg	257
Capítulo uno: Supervivientes	261
Capítulo dos: Adaptación	287
Capítulo tres: Caos	316
Capítulo cuatro: El sacrificio del cambio	346
Interludio	371
SEGUNDA PARTE: REENCUENTRO	375
Diario de Aleksandr Hunt	375

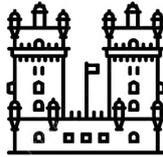
ÍNDICE

Capítulo cinco: Los límites de la venganza.....	379
Capítulo seis: Ejecución y exilio.....	399
Diario de Kevin Reed.....	415
Capítulo siete: Sentencias de muerte.....	418
Capítulo ocho: Algo huele mal.....	435
Interludio.....	453
TERCERA PARTE: UNIDOS	455
Diario de Emma Larine Jensen	455
Capítulo nueve: Infiltraciones entre encrucijadas.....	459
Capítulo diez: Malditos hombres.....	475
Capítulo once: La Última Guerra.....	491
Epílogo.....	522
<i>Dramatis personae</i>	525

La Última Guerra fue terrible, devastadora. Dejó a la humanidad al borde de la extinción y a nosotros como únicos supervivientes de nuestra raza. No podemos permitir que vuelva a repetirse. Por esto lo primordial es conseguir una sociedad justa, en la que cada individuo cumpla la función que más útil sea para el colectivo; rodearnos por la muralla más alta posible, que nos proteja del inhóspito e ignoto exterior; y no producir ningún tipo de armamento que pueda devolvernos a una situación en la que podamos destruirnos de nuevo. La Última fue un terrible error que no debemos repetir. Ahora tenemos una nueva oportunidad y se llama Politeia.

LOGAN GRUBER, el Primer Sabio.

PRIMER LIBRO:
POLITEIA



La sala era oscura, estaba parcialmente iluminada y no tenía decoración alguna. Se trataba de un espacio rectangular, de no más de diez metros cuadrados, en los que el único mobiliario estaba compuesto por una mesa de plástico duro en el centro, repleta de papeles que se intuían importantes, dos sillas a cada lado y un cristal enorme que ocupaba una de las paredes casi por completo.

A través de ese cristal podía verse otra habitación de dimensiones similares a la primera, también carente de decoración, pero mejor iluminada. Había cuatro personas sentadas alrededor de otra mesa. Dos frente a dos. Tres chicos y una chica.

La tranquilidad de la primera sala de la Cámara de Gesell se vio interrumpida por la aparición de dos personas que discutían de forma enfervorecida. La primera era una mujer pelirroja, alta, que lucía un sobrio vestido negro y unos tacones bajos. Era la que más alterada parecía de los dos, y lo transmitía con aspavientos marcados y gesticulación nerviosa. El otro, un hombre también alto, de tez oscura y con el rostro surcado de prematuras arrugas, se mostraba tranquilo, aunque no era capaz de disimular del todo la irritación que le producía no sentirse comprendido.

—Pero ¿qué es lo que pretendes? ¿Que nos echen? —bramó la mujer, tratando en vano de regular el tono. El hombre cerró la puerta tras de sí y ella pareció tomárselo como una invitación a dar rienda suelta a su ira—. ¿Cómo se te ha ocurrido algo así? ¡Nos otorgan una oportunidad como esta y tú te empeñas en cargártela de primeras! ¿Es que no lo ves, Bean? ¡Tus prisas lo echarán todo a perder!

—Si me dejas explicarme... —comenzó él.

—¿Explicar el qué? ¿El qué!? ¡Hemos trabajado muy duro para llegar hasta aquí y lo estás estropeando todo! ¡Se nos ha dado una responsabilidad muy grande, Bean! Si quieres fastidiarlo, adelante, pero no cuentes conmigo.

—Crystal... —probó de nuevo.

Inútil.

—Nos pidieron que formásemos un equipo —interrumpió ella, apuntándole con el dedo índice—. Un equipo competitivo que nos permitiese infiltrarnos. ¿Y qué has hecho? ¡Pudiendo escoger entre los mejores alumnos de la EFS, vas y eliges lo primero que has encontrado por la calle! No, me corrijo: ¡a lo peor! ¡Porque encima ha sido a conciencia!

Bean decidió que, si quería hacerse escuchar, tendría que alzar el tono. Trató de transmitir convencimiento con sus palabras:

—¡No se te ocurra insinuar que no me tomo esto en serio! Soy el más implicado de todos y lo sabes. —Comenzó a dar vueltas, mirando alternativamente a través del vidrio de visión unilateral y a los ojos de la mujer, que se mordía la lengua, deseosa de seguir gritando—. ¿Buscar en la EFS? ¿Eso es lo que haría cualquiera! ¿Qué te crees? ¿Que podríamos confiar en alguno de esos chicos? ¡Les han lavado el cerebro!

»¡Ellos! —gritó, señalando a las personas que se sentaban en la sala contigua, ajenas a su discusión—. Ellos tienen motivos para estar cabreados, y son el claro ejemplo de que el sistema solo funciona para algunos, Crystal. Pueden escucharnos y hacer suya nuestra causa.

La mujer frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Todo eso está muy bien —dijo, moderando el volumen—. Pero ¿cómo pretendes que superen las pruebas? No tienen formación, Bean. ¡Esto no tiene sentido! ¿De qué te sirve tener a mil seguidores leales, fieles, comprometidos con la causa, si luego no saben hacer nada?

—Eso no es cierto —discrepó él, fijando su mirada en la otra sala.

Allí se respiraba incomodidad, desconcierto. Ninguno hablaba; todos evitaban mirarse. Unos dirigían su atención al techo, otros a sus manos...

Tenían mucho trabajo por delante.

La mujer se acercó a la mesa, cogió el primer documento que vio y se apoyó en ella, adoptando una pose que quería parecer relajada. Pero estaba muy tensa.

Hojeó los papeles: se trataba de un expediente.

—*Aleksandr Hunt*... —Sus ojos se levantaron un instante del documento y escrutaron brevemente a uno de los chicos. Un tipo delgado, de rasgos afilados y cabello negro que le caía casi hasta los hombros. Se recostaba en la silla y contemplaba una esquina del techo con expresión aburrida. Era el único que daba la sensación de estar tranquilo—. Veinticuatro años, carpintero. Muestra una clara patología narcisista y, para acabar de impresionarnos, tiene problemas con el alcohol. —Cerró el expediente y clavó una mirada furiosa en la nuca del hombre, que no apartó su vista de la otra sala.

—Es muy carismático, Crystal, y hasta cierto punto influyente —dijo con voz apagada—. Es el mejor en su trabajo y es bastante reconocido por ello. El alcoholismo y el narcisismo son meros reflejos del asco que le produce esta sociedad. Ha sido repudiado por su propia familia debido a su orientación sexual y, aun así, ni se oculta ni ha sido sancionado por ello. ¿He de recordarte que «toda actitud que no favorezca a la continuidad de la especie debe ser castigada y erradicada»?

La mujer chascó la lengua.

—¿Y cómo pretendes que supere las pruebas, Bean? Podríamos afiliarlo a la causa, es cierto, pero desde un flanco menos arriesgado...

—Este es el flanco útil.

—Está bien —refunfuñó ella, dejando el expediente de *Aleksandr Hunt* a un lado y cogiendo otro—: *Blaz Steinberg*. —Esta vez sus ojos se dirigieron hacia el joven más imponente: de pelo rapado y

barba rala, claros ojos azules y un cuerpo que podía apreciarse trabajado bajo la camiseta. Mantenía el cuello tenso y no apartaba su vista del cristal, sabiéndose observado—. Veintitrés, agricultor... Oh, vaya, ¡esta es buena! Inició su formación en la EFS, pero fue expulsado. No hay constancia del motivo en el expediente.

—Agredió a otro compañero —contestó inmediatamente Bean, todavía sin volverse—. Era el mejor de su promoción. Seguramente algún envidioso formaría una coalición en su contra...

—Ya, claro, y no se te ha ocurrido contemplar la opción de que tenga instintos agresivos, ¿verdad? Muy conveniente.

—Ese chico es un líder nato, hazme caso. Sus aptitudes son más que idóneas.

—Ahora habrá que ver su actitud —repuso ella, mordaz, abriendo otro expediente—: *Emma Larine Jensen*.

Se trataba de la única chica del grupo. Un cabello largo, tupido y rizado era el rasgo más llamativo de una joven que observaba la sala, con mirada crítica y nerviosa, tras unas gafas de montura ancha.

—Veintidós años. Acaba de terminar su formación en Psicología y Sociología, la mejor de su promoción. Aparte, tiene un repertorio de cursos complementarios de Filosofía e Historia. Todo un cerebrita, vaya. Superpráctico. —Cerró el expediente y esperó, observando con una ceja enarcada la espalda del hombre.

Bean tardó un tiempo en responder:

—Hizo una tesis sobre análisis de la personalidad a través de la conducta que haría plantearse muchas cosas a cualquiera de los Siete. Es inteligente y lo sabe, pero no espera lo mismo del resto. Además, tiene nociones bastante avanzadas de defensa personal.

—No te habrás enamorado, ¿verdad? —comentó la mujer, con una sonrisa irónica. Su actitud se había ido suavizando paulatinamente, aunque seguía sin parecer del todo convencida.

—Es demasiado lista para mí —contestó él, correspondiendo a su sonrisa.

Bean se acercó y cogió el último expediente que quedaba sobre la mesa. Se lo ofreció.

—Este es el mejor —dijo, sarcástico, dejándose caer sobre una silla cuando ella lo aceptó.

—Lo sé —comentó, reticente—. *You Daigo*, diecinueve años. Huérfano, sin profesión, ha tenido diferentes trabajos para ir sobreviviendo. Díscolo. Lo expulsaron de tres casas de acogida y salió del orfanato a los dieciocho, tal como dicta la ley. —Intercambiaron una mirada larga y significativa—. Esto no va a funcionar.

—Tiene que hacerlo —dijo él, tratando de convencerse a sí mismo—. No hemos dejado rastro, nadie podrá encontrar nada. ¡Incluso le hemos implantado otro código! —exclamó, señalándose la muñeca izquierda, donde lucía una sucesión de barras—. Pero ellos no pueden saber nada.

Crystal suspiró y clavó su mirada en el chico. Era un muchacho paliducho, menudo y de pelo castaño mal recortado. Sus ojos, verdes y oscuros, no se apartaban de sus dos pulgares, que movía de forma frenética hacia delante y atrás. Llevaba el brazo derecho tatuado y, en la muñeca izquierda, un código de barras.

El mismo código que tenían todas las personas en Politeia.

—¿Por qué tienes que complicarlo tanto? —inquirió la mujer, tras una larga pausa y sin apartar su mirada del muchacho—. Si lo descubren, lo condenarán a la Fosa y seguramente nosotros caigamos con él.

—Sabías los riesgos que había cuando te metiste en esto.

—Pero ¡tú los multiplicas con tus decisiones, Bean!

—Y también multiplico las posibilidades de éxito, Crystal. —Ella enmudeció, pero sin dejar de negar con la cabeza—. Tenemos mucho trabajo por delante y necesitamos aprovechar el tiempo. No puedo explotar sus cualidades sin ti.

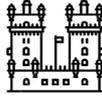
La mujer evitó mirarle. Se jugaban tanto y había tantas lagunas en el plan...

—Vale —respondió al final—. Puedo intentar entender lo de los otros tres, Bean, por mucho que me cueste: un joven atlético y

competitivo, una chica inteligente y tenaz, y otro chico carismático y manipulador. Pero ¿él? ¿Por qué?

El hombre también dirigió la vista hacia el muchacho, que seguía haciendo rodar sus pulgares con nerviosismo.

—Porque es el que más lo necesita.



PRIMERA PARTE: EL EQUIPO VENTUS

Diario de Kevin Reed

2/3/90 d. U. G.

Me desperté, sobresaltado y jadeando. La habitación se encontraba totalmente a oscuras, salvo por un tenue rayo de luz de luna que se filtraba a través de las lamas de la persiana.

Hacía un calor anormal y sudaba como si estuviera en una sauna. La sensación era sofocante, excepto de cintura para abajo, donde prevalecía una frescura demasiado húmeda para resultar agradable al contraste.

—No puede ser —me dije, levantando con temor la sábana y mirando bajo ella. Mis peores temores se confirmaron.

Puse los ojos en blanco y dejé caer la cabeza de nuevo sobre la almohada, muy enfadado conmigo mismo. Ya tenía una edad, maldita sea, no podía estar toda la vida meando la cama.

O, al menos, esperaba que no fuera así.

Me destapé, atosigado por el calor, y traté de aguantar un par de minutos más tumbado. Intentaba no recordar la cara de compasión de mamá la última vez, hacía dos días, ni las risas condescendientes de papá. Ninguno de los dos tenía mala intención, pero aquello era algo que me frustraba y escapaba a mi control.

Resignado, me incorporé y me despojé de la camiseta. Fue un ligero alivio sentir el aire en mi espalda sudada, pero cuando me quité el pantalón del pijama sentí un frío que me hizo estremecer.

Cogí la sábana y la tiré al suelo junto con la ropa. Olisqueé la mancha circular del centro del colchón: no olía demasiado, así que decidí darle la vuelta y dejar la parte húmeda mirando hacia abajo.

Abrí el armario y busqué otra sábana, tratando de hacer el menor ruido posible. Me había marcado el objetivo de que mis padres no volvieran a enterarse de aquello jamás: si no podía evitarlo, impediría que alguien más se diera cuenta.

Mientras hacía la cama, me llegó otro olor más fuerte, como a quemado o a humo. Preocupado, acerqué la nariz de nuevo al colchón. El olor se volvía cada vez más intenso, pero no parecía provenir de allí.

Me encogí de hombros y seguí con la labor. No tenía ni idea de qué hora era, pero ya entraba una luz bastante más clara por la ventana. Debía darme prisa.

Cogí una toalla y la até en torno a mi cintura. Comenzaba a picarme un poco la nariz del olor. Pero no olía a lo que se suponía que debía hacerlo el pis.

Agarré la ropa como pude, dispuesto a tirarla al cesto, y me dirigí a la puerta. Allí el olor era incluso más fuerte.

Coloqué la mano sobre el picaporte. Estaba caliente. Cuando abrí la puerta, deseé no haberlo hecho.

Grité.

La habitación se inundó de una humareda oscura y espesa. Tiré toda la ropa y di tres pasos hacia atrás, sintiendo un miedo que nunca antes había experimentado.

—¡Mamá! —chillé, ahogándome con el humo—. ¡Pa... papá!

Tosí. Tosí mucho. Me invadió una tos feroz que me rasgaba la garganta y no me dejaba respirar. Los ojos se me humedecieron, en parte por el picor, pero, sobre todo, por la sensación de impotencia que se había adueñado de mí.

Caí de rodillas, por suerte, ya que descubrí que allí abajo el aire era algo más respirable. Conseguí controlar el ataque de tos y volví a chillar, llamando a mis padres con desesperación.

No obtuve respuesta.

Traté de formar un plan de acción, aunque la cabeza me daba vueltas y no era capaz de concentrarme.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué mi habitación se había llenado

de humo de manera tan repentina? ¿Estaría todo el piso igual? ¿Y el edificio?

Y lo que más me atormentaba en aquel momento: ¿dónde estaban mis padres?

Inicié una carrera en cuclillas, pero la toalla era un inconveniente demasiado molesto. La desaté sin dudarlo ni un segundo —ya habría otras situaciones para ser pudoroso— y me la coloqué sobre la cabeza con el objetivo de protegerme del humo.

Salí al pasillo y mis esperanzas se esfumaron. Había llamas por todas partes.

Mi intención inicial era ir al dormitorio de mis padres, pero el fuego despertó en mí un instinto de supervivencia que hasta entonces no supe que tenía.

Mis padres no estaban. Habían escapado, seguramente olvidándose de mí.

Salí corriendo hacia la puerta a la vez que escuchaba un crujido sobre mi cabeza. Un segundo después, un estruendo hizo que me volviese: una de las vigas que sostenían el techo había cedido y caído en medio del pasillo, impidiendo una vuelta atrás.

Fue lo que necesitaba para que mi cerebro desconectara y mi instinto cogiera las riendas:

Abrir cerradura.

Salir.

Correr.

Bajar escaleras.

Girar a la izquierda.

Bajar más escaleras.

Tropecé y caí. Rodé por el suelo, intentando amortiguar el golpe, pero fue inútil. Un dolor agudo me recorrió el tobillo izquierdo. Hice todo lo posible por ignorarlo y me puse en pie. Entonces fui consciente del panorama.

El edificio entero estaba ardiendo, consumiéndose hasta los cimientos: las paredes parecían derretirse y el techo estaba a escasos minutos de derrumbarse.

Un llanto llamó mi atención.

Sonaba como un niño llorando desesperado. El sonido procedía de detrás de mí, así que me volví hacia el piso más cercano. La puerta había desaparecido en su práctica totalidad.

Sacudí la cabeza, sabedor de que si entraba allí no iba a volver. Pero no podía dejar morir a un bebé.

Con esa mezcla de valor y estupidez, salté la hoguera que habían formado los restos de la puerta en el suelo. El tobillo malherido me obligaba a cojear, aunque hubiera avanzado despacio de todas formas, aguzando el oído en busca del sonido.

Ya creía que había sido producto de mi imaginación y estaba maldiciendo mi estupidez cuando volvió a sonar. A mi izquierda.

Giré la esquina del pasillo y la desolación me inundó: allí, a tres metros de mí, se encontraba un niño de pie, pálido, llorando a lágrima viva. Era incapaz de moverse.

Quería llegar hasta él, pero nos separaba una puerta en llamas medio derruida y yo era demasiado pequeño para saltar por encima.

El crío descubrió mi presencia y calló de repente, clavando su mirada en mí. No emitió ruido alguno, tan solo se quedó contemplándome.

¿Sería capaz de llegar hasta él?

Intenté transmitir seguridad, aunque me era imposible.

—Eh... —carraspeé. Tenía la garganta demasiado seca—. ¡No te preocupes, todo va a salir bien!

Un estruendo sobre mi cabeza me hizo alzar la vista: el techo estaba cediendo allí también.

Una viga cayó a mi derecha, sobresaltándome. El humo me nublaba la visión.

Un pedazo de pared se desprendió a mi espalda. No había más tiempo.

Dejé que el instinto se adueñase de mí de nuevo y puse la mano derecha sobre la puerta en llamas para usarla como apoyo y saltar cargando todo el impulso posible sobre las rodillas.

Caí al otro lado. Mi tobillo cedió y volví a rodar por el suelo.

Aunque esa parte de mi cuerpo era la que menos me importaba en aquellos momentos: mi brazo se había encendido como una antorcha. Desesperado, agarré la toalla que me había colocado en la cabeza y empecé a sacudirlo mientras me golpeaba con ella.

El dolor era intenso. Por suerte, no se extendió, pero la zona afectada se llenó al momento de ampollas dolorosas y palpitantes.

Traté de ignorarlo.

Me acerqué al niño con las piernas temblando, y él se abalanzó sobre mí. Bueno, más bien *ella*. Tenía parte del cuello en carne viva. Se trataba de una quemadura seria, pero por lo demás parecía intacta. Nos envolvimos en un abrazo que no supe cuál de los dos necesitaba más. Entonces fui consciente de que íbamos a morir. Aquella habitación estaba rodeada por las llamas y no había escapatoria posible.

Salvo por la ventana.

Cogí a la niña con mi brazo sano y me acerqué hasta allí. La abrí y me asomé por el alféizar, agradeciendo el aire fresco que me golpeó en la cara.

Se trataba de un segundo piso. El salto imponía mucho, de todas formas, pero había un seto justo debajo. Había que tener muy mala suerte para no caer sobre él, aunque la pregunta era si sería suficiente para amortiguar la caída.

Un grupo de gente estaba reunida frente al edificio. Había un equipo de guardianes luchando por mitigar las llamas y un montón de curiosos alarmados. Ninguno reparó en nosotros.

El desprendimiento de otra viga decidió por mí. La ventana era la única salida.

—Vale, pequeña —dije, mientras la envolvía por completo en la toalla chamuscada—. Ahora vamos a hacer algo muy divertido, ¿eh? ¡Ya verás qué guay!

Me senté sobre el alféizar con la niña en brazos. No pensé mucho. Sabía que, si reflexionaba sobre las posibilidades de éxito, no saltaría.

Cerré los ojos con fuerza y nos dejé caer.